



“HAGAN ESTO EN MEMORIA MÍA” UNA REFLEXIÓN SOBRE LA PALABRA DE DIOS Y LA EUCARISTÍA EN LA VIDA MONÁSTICA¹

Gabriel Vecchi, OCSO²

En mi comunidad monástica, la Abadía Trapense de *Nossa Senhora do Novo Mundo*, en Paraná, Brasil, como en muchos otros monasterios de nuestra Orden y de la familia monástica en general, tenemos la costumbre de hacer nuestra *lectio divina* inmediatamente antes de Laudes y la Misa. Aunque sepa que ésta no es una disposición universal, y que es posible para una comunidad reservar otro momento del día para la *lectio divina* de los hermanos o aun integrar o no la Misa con otros Oficios, veo en esta disposición una ventaja: que transmite como mensaje subliminal que la *lectio divina* es una *preparación* para el Oficio Divino y este, para la Santa Misa. Una preparación silenciosa, orante y meditativa antes de recibir el sacramento, una preparación a través del contacto con la Palabra que es Cristo, antes de celebrarla en el *Opus Dei* y de recibir el sacramento del Cuerpo de Cristo.

Personalmente, esto me parece excelente y muy pedagógico, por la simple razón de que es *exactamente así* como Jesús vivió estas realidades en su propia vida espiritual. No que Nuestro Señor dedicase una o dos horitas al día a leer en oración las Escrituras, antes de ir a la sinagoga por la mañana para rezar *Laudes*, y

1 Conferencia pronunciada en el XII° Encuentro Monástico Latinoamericano, San Antonio de Arredondo, Córdoba (Argentina), 30-09 al 06-10 de 2019.

2 Monje de la Abadía Trapense de Nossa Senhora do Novo Mundo, Paraná, Brasil.

luego asistir a la Misa en la parroquia más cercana de Nazaret en su camino hacia la carpintería de su papá, José. Por más atrayente que sea esta posibilidad, es solo un ensueño de mi imaginación. Pero digo que sí, que en la vida de Nuestro Señor, la *lectio* –su lectura e interpretación personales de las Escrituras– encontraba una clave hermenéutica en la *liturgia* –que lo ponía en comunión con toda la comunidad judía– y que este proceso, al transformar la comprensión de Jesús sobre sí mismo, su prójimo y Dios, preparó el camino para la consumación de su vida, realizada con la mayor fuerza posible en la Eucaristía (que prefigura y realiza el misterio de su muerte y resurrección). Con esto, afirmo desde ahora que, aunque la reflexión que me pidieron fuese sobre la *lectio* y la Eucaristía en la vida monástica, me parecía imposible *no* incluir el Oficio Divino, sea porque así fue como vivió Jesús, sea porque a lo largo de la historia de la espiritualidad, la liturgia siempre se ha visto como una forma de *lectio divina*: son leídos textos, que son meditados en oración y que para muchos creyentes son la única oportunidad para un contacto personal con la Palabra. Es decir que la *lectio*, el Oficio y la Misa forman una *unidad espiritual* –y por lo tanto existencial– y *que el hombre no separe lo que Dios ha unido*³.

Sin duda alguna, el deseo más profundo del corazón de Jesús era el de encarnar la Palabra del Padre, de transformarla en realidad de la manera más completa, hermosa y santa posible, por estar absolutamente convencido de que esta es la vocación y la salvación de todo ser humano –él que, antes de encarnarse, vivía “*en el seno del Padre*”⁴ (*in sinu Patris*), como nos enseña San Juan. Jesús tenía este gran deseo por estar convencido de que solo así cada ser humano puede descubrir su identidad más profunda, la identidad más profunda de cada hermano y hermana, y realmente saber quién es Dios. Y Jesús sabía que solo este proceso de autoconocimiento y de Teo-conocimiento podría comunicar a las personas el perdón y el amor incondicionales de Dios, que son la esencia misma de la Encarnación y de la salvación que vienen de Cristo.

¿Cómo hacía Jesús su *lectio*, cómo leyó Jesús la Palabra de Dios? Físicamente, la leía seguramente como la leían sus contemporáneos. Los que tenían los medios para poseer un pergamino de un libro de la Biblia se inclinarían sobre él y lo leerían concomitantemente con el Talmud, la Mishná y otros libros

3 Mt 19,6; Mc 10,9.

4 Jn 1,18.

de la tradición oral judía. Pero no es esta lectura física la más importante, sino la lectura *espiritual* que Jesús hizo de la Biblia. Como dije, la Encarnación es la revelación por excelencia de la *lectio divina* de Jesús. La lectura que Jesús hacía de la Biblia era el descubrimiento de su identidad y vocación en cada página del Antiguo Testamento, que en ese momento todavía era el "Único Testamento"; Jesús todavía estaba ocupado escribiendo el Nuevo... Los Evangelios están llenos de pasajes como "*para que se cumpliera la Escritura*"⁵ o "*Como está escrito en el libro del profeta Isaías*"⁶, etc. Todo esto indica la *intencionalidad* de Jesús de vivir lo que la Biblia anunciaba, y de poner en práctica, de cumplir lo que leía.

Pero la *lectio* de Jesús no se limitó al cumplimiento de lo predicho por el Antiguo Testamento. No. Su lectura –amorosa, atenta, deseosa– lo introducía en una nueva libertad, dentro del corazón del Padre, enseñándole a pensar y amar lo que su Padre celestial pensaba y amaba. Al leer la Biblia, Jesús aprendió a pensar *con* y *como* la Biblia y a hacer de las palabras sagradas su forma natural de expresarse (si esto aconteció con San Bernardo, ¿cómo no acontecería con Jesús?!). Y así es como Jesús fue capaz de encarnar la Palabra no sólo al cumplirla, sino también al *romper* con ella. Este es el proceso que vemos descrito en Mt 5: "*Ustedes han oído que se dijo a los antepasados: ... pero yo les digo*"⁷. Jesús aplica este razonamiento no a una u otra de sus enseñanzas, sino a *todo* su sermón, en este capítulo. Como nuevo Moisés, él va más allá de lo que Moisés enseñó. Y su ruptura no es una señal de desacuerdo, sino de un *amor más grande*. Todas las exigencias de Jesús en este capítulo van en dirección *no* de un laxismo, sino de un *compromiso más encarnado* con la Palabra de Dios, compromiso que enseñaba por haberlo ya vivido personalmente. Estas enseñanzas no estaban escritas en la Ley; estaban escritas sólo en su corazón. Pero ellas no contradicen en absoluto la Ley de Dios; por el contrario, apuntan hacia su plenitud. E incluso Jesús afirma varias veces que cualquiera que no esté dispuesto a cumplir esta plenitud como él, no puede tener parte con él. Para citar solo un ejemplo más, al hablar del misterio del matrimonio con los fariseos, Jesús aplica el mismo razonamiento: "*Moisés les permitió divorciarse de su mujer, debido a la dureza del corazón de ustedes, pero al principio no era así*"⁸. ¿Cómo supo Jesús esto? ¿Podría él, que ni siquiera tenía

5 Jn 19,36.

6 Mc 1,2; Lc 3,4.

7 Mt 5,21-22.

8 Mt 19,8.

50 años, haber visto a Moisés? ¿O conocer su opinión personal al respecto? Lo único que Jesús sabía era lo que él *amaba* (“*Amor ipse notitia est*”) y el amor es la primera –más bien, la única– condición para hacer este tipo de *lectio* al modo de Jesús.

Y esta es exactamente la principal enseñanza que debemos aprender de la forma como Jesús hace su *lectio*. Nosotros también, si queremos aprender a ser verdaderos discípulos de Jesús, monjes y monjas que siguen fielmente sus pasos, tenemos que cultivar semejante amor. Este amor nace, crece y se reproduce ciertamente a través del contacto frecuente con la Palabra de Dios. Este tipo de amor que surge del contacto íntimo y personal, en nuestros momentos libres con la Palabra de Dios, es ciertamente fundamental para nuestra vocación – y más aún, se trata de una de esas *signature activities* (“actividades distintivas”) que el P. Michael Casey nos anima a cultivar en sus escritos, si queremos ver a nuestras comunidades prosperar en número y santidad. Pero ese contacto no es suficiente. El amor que debemos nutrir por la Palabra, para encarnarla completamente, debe llevarnos más allá de la mera Palabra, *comprometiéndonos* con Dios mucho más allá del “mínimo necesario”. El amor de Jesús por la Palabra no se limitó al deseo de cumplirla –esto podría haberlo convertido en un simple fariseo, bueno y legalista– sino que se extendió a su deseo de *dar integralmente su vida por amor* y de comunicar este amor y salvación a todos, dando a todos su perdón y santidad. El amor que Jesús nutrió y cultivó en su *lectio divina* **siempre** exigía que él caminara la segunda milla, se quitara la túnica y ofreciera la otra mejilla. Y esto es lo que hizo que Jesús abrazara la Palabra radicalmente y se dedicara exclusivamente a ella, lo que lo hizo dejar todo para entregarse completamente a ella y lo que finalmente le dio la fuerza necesaria para ofrecer su vida eucarísticamente, muriendo, por amor de Dios y del prójimo. Sin ese deseo de amar radicalmente la Palabra (y “el deseo de amar ya es amor”, según san Agustín), es difícil ser verdaderamente fiel a ella. Sin un deseo de ofrecer totalmente nuestras vidas en nuestras comunidades a través de nuestras vocaciones (incluso cuando el significado de esta ofrenda no es tan claro), no es posible perseverar hasta la muerte en el monasterio.

Este amor comprometido con la Palabra de Dios debe estar en el centro de toda vocación monástica y cristiana. Cumplimos la Palabra de Dios en nuestras vidas al cumplir con *aquella palabra* única, personal e irremplazable que Dios Padre dirigió a cada uno de nosotros al llamarnos al monasterio, y que es nuestra *vocación*. Dios *creó* una nueva Palabra, inefable, como la piedrecita blanca con

nuestro nombre grabado, en el Apocalipsis –al crear nuestra vocación y llamarnos por nuestro *nombre* para seguirlo–. Y esta palabra única –que nos inserta en la Palabra de Dios– sólo puede cumplirse si nos entregamos totalmente, hasta la muerte, a nuestra vocación en nuestras comunidades, si nos comprometemos a seguir a Jesús en los claustros de nuestras comunidades, con los hermanos que Dios ha elegido para nosotros, en las circunstancias concretas de nuestros países y lugares donde estamos. Esta es la invitación que la *lectio divina* siempre nos hace: encarnar la Palabra en nuestras vidas, en nuestro *hoy*.

Pero el contacto de Jesús –y el nuestro– con la Palabra no se limita a la lectura personal que hacemos en la *lectio*. La *lectio* es ciertamente insustituible, ya que permite una lectura *subjetiva* de la Palabra de Dios, permitiendo identificarme a mí mismo como el sujeto de la página sagrada. Todo esto es muy valioso, gran parte de la tradición patristica hace un uso abundante de este enfoque, pero tampoco esto es suficiente. Y aquí es donde entra en juego la *liturgia*, el *Opus Dei*, “la obra divina”. Sabemos que, en la Antigüedad, la lectura pública de la Palabra de Dios era, para la mayoría de los laicos –y también para muchos monjes– la única posibilidad de contacto con la Palabra. En la liturgia, la Palabra también se lee de modo orante, con relativa lentitud, y tenemos la oportunidad de meditarla y extraer una lección de ella para nuestras vidas. Todo esto es indudablemente verdadero e importante. Pero hay algo más: la liturgia nos presenta una lectura *oficial* y *autorizadamente interpretada* de la Palabra de Dios. Si echamos una mirada al breviario o al leccionario, veremos que hay pasajes bíblicos que solo se leen en ciertos momentos del año litúrgico, *explícitamente* asociados con momentos específicos de los misterios de la vida de Cristo. Y esto es muy importante. Primero, porque esto es lo que Jesús mismo vivió (es lo que la liturgia nos está mostrando). Cuando Jesús iba a la sinagoga y escuchaba a la Palabra de Dios, entendía que ella se estaba cumpliendo en su vida personal. Así es, por ejemplo, como comienza su ministerio público. Abre el pergamino del profeta Isaías, proclama la lectura y luego dice solemnemente: “*Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír*”⁹. Ciertamente, esta no era la primera vez que Jesús se encontró con este texto. Pero fue en un contexto litúrgico – en una celebración en día de sábado– cuando Jesús anunció su cumplimiento. Y lo más importante, es que Jesús quiso absolutamente morir el día de Pascua, encarnando de la manera más fuerte y total posible que la Palabra de Dios es su

9 Lc 4,21.

vida –temporal y eterna–. En otras palabras, todo esto es importante porque Jesús tenía conciencia de que la liturgia ofrecía directrices –o más bien, una *dirección*– para vivir su vocación (y acabo de mencionar el contexto ontológico-litúrgico del principio y del fin de la vocación de Jesús). Y en segundo lugar, todo esto es importante porque no permite que la lectura que hacemos de nuestra vida a la luz de la *lectio* contradiga una interpretación reconocida por la *Iglesia* como revelada. Es decir, la lectura que hago de un pasaje bíblico para mi vida no puede ser contraria a lo que la Iglesia reconoce como ortodoxo. Hablando concretamente: nunca puedo concluir de la *lectio* que Dios *no* me llama a seguir a su Hijo, a entregarme totalmente a él, a transformar toda mi vida en una hostia viva, en un sacrificio razonable (*logikè latría*, Rm 12,1) para Dios. Y finalmente, el ciclo litúrgico en sí mismo es una lectura de la Biblia a la luz de los acontecimientos de la vida de Cristo, que es lo que debemos aprender a hacer con nuestra vocación personal. De ahí se deduce que *la liturgia nos enseña a hacer lectio*. Y ella nos enseña exactamente porque *hace lectio con nosotros*. Ciertamente, ella no es la única maestra en este arte. Pero sin duda merece uno de los primeros puestos: Liturgia, “*¡sube a un puesto superior!*” (Cf. Lc 14,10).

Esta doble lectura de la Biblia –rezada, amada en la intimidad de nuestra *lectio* y encarnada, realizada de manera comprometida al ser celebrada en comunidad– es ciertamente la forma monástica de evangelizar el mundo. Esto es lo que la Iglesia espera de nosotros: que seamos varones y mujeres de la Palabra y cuyas vidas adquieran sentido y coherencia a través de la celebración litúrgica. Mientras celebramos la liturgia, debemos *aprender a vivir y morir como Jesús*, sólo eso. Y es sólo esto lo que el mundo necesita, de semejantes imitadores de Jesús.

Pero al participar en la liturgia, Jesús también se daba cuenta de lo que *necesitaba cumplirse* en su vida. En su caso, al darse cuenta de las necesidades del pueblo de Dios, sus anhelos, sus inconsistencias, se daba cuenta de todo lo que necesitaban de conversión en sus vidas. En nuestro caso personal, como desterrados hijos de Eva, también nos damos cuenta de lo que todavía necesita cumplirse, *en nuestras vidas* primeramente, y en segundo lugar, en las vidas de nuestras comunidades. La liturgia –con su santidad que brota de los sacramentos y de los sacramentales, con la belleza de su ejecución, incluso artística y estética– debe servir para levantar nuestros corazones (*Sursum corda!*) y nuestras mentes más allá de los límites intelectuales; debe ser una experiencia *totalizadora* que

incluya todos nuestros sentidos, la belleza de la Iglesia, la dulzura de los cantos, el olor de las flores y del incienso, etc. Todo esto debe llamarnos a un *examen de conciencia* donde nos preguntemos si, de hecho, estoy viviendo lo que leo y rezo en mi *lectio*. Al escuchar la Escritura leída y celebrada en comunidad, ella adquiere una estructura más rica que la que me ofrece mi *lectio*, porque en la liturgia puedo ver, tocar y escuchar a esos hermanos y hermanas que deben ser los destinatarios de las buenas disposiciones que tomé en mi *lectio*. La liturgia también debe llamarme la atención cuando no estoy viviendo coherentemente lo que la *lectio* me enseña. Ojalá que nos sintamos avergonzados al rezar el Padre Nuestro, si nos damos cuenta de que aún no hemos perdonado a un hermano con quien hemos peleado hoy. O al menos un poco avergonzados cuando escuchamos a Jesús que le habla al joven rico: “*Ve y vende todos tus bienes y dáselos a los pobres*”, si nos acordamos de la cantidad de cosas innecesarias que tenemos acumuladas en nuestras celdas, con o sin permiso de nuestros superiores...

Si somos fieles a nuestra vocación, leyendo asiduamente la Palabra de Dios en nuestras celdas y celebrándola festivamente en nuestras liturgias, lo más probable es que experimentemos una parte de lo que le sucedió a Jesús: que nos encontremos en un proceso de *continuidad* y de *ruptura* (como dije al principio sobre la *lectio* de Jesús, que él estaba en continuidad con la Tradición de su tiempo, al mismo tiempo que rompía con ella), o, para usar un término más actual, nos encontraremos en una *crisis*. Una vivencia fiel y rutinaria de la Palabra de Dios, de un Dios que es amor, solo puede inserirnos en un proceso de sanación y de salvación. Y en este proceso, *todas nuestras heridas* –más específicamente, *aquellas heridas que necesitan ser curadas por el misterio pascual de Jesús, esas heridas que son las heridas de Cristo en mí*– saldrán a luz. Y esto es maravilloso, por más doloroso que sea. Y debe ser así, porque es así como fue la misma Pasión de Jesús, maravillosa y dolorosa.

Solo el descubrimiento realista de nuestra condición pecadora puede constituir el verdadero fundamento de una participación más fecunda en la *lectio*, la liturgia y –como veremos– sobre todo en la Eucaristía. Sólo el contacto con nuestras heridas, en un ambiente de apertura y de amor, de humildad y de perdón, puede permitir un autoconocimiento santificador y permitir una *vida comunitaria basada en la Palabra y la Eucaristía*. Solo un dolor muy profundo, que no encuentra respuesta en nada de humano y de creado (incluyendo aquí nuestras *lectios* bien hechas y nuestros Oficios bien celebrados) puede herirnos

y abrirnos a esa novedad, a esa Transfiguración, a esa conversión, que Jesús nos quiere ofrecer. Sólo una crisis así puede realmente unirnos con Jesús y hacer de nosotros Eucaristía.

El contacto con las heridas provenientes de nuestras crisis es vital no sólo para nosotros sino también para nuestras comunidades, ya que todos nacemos de las heridas del Resucitado, de esas heridas que descubrimos al tratar de encarnar la Palabra de Dios en la *lectio*, en la liturgia y en la Misa. Una comunidad donde los miembros no se reconocen como llagados, heridos, pecadores, nunca alcanzará a abrirse a aquella plenitud de la revelación hacia la cual la Palabra de Cristo quiere llevarnos. De ahí se deduce que, sin un amor real, encarnado, para los *próimos* heridos, pero amables, de nuestras comunidades, no es posible hacer una verdadera *lectio*, celebrar un verdadero Oficio Divino, y mucho menos participar en la Eucaristía, como se debe.

Y fue así, en este dinamismo de lectura, liturgia y transformación, como la encarnación de la Palabra de Dios eventualmente alcanzó su apogeo en la vida de Jesús. Después de pasar toda una vida meditando y orando la Palabra en su *lectio divina* personal, después de pasar toda una vida interpretando su existencia, su misión, su vocación, su razón de ser a la luz de la liturgia, Jesús todavía *tenía sed*. Jesús todavía quería *amar más*. Jesús todavía quería cumplir muchos pasajes no escritos de las Escrituras. Y así fue como se encontró inmerso en el *misterio de su Pasión*. Me encanta el hecho de que la palabra “pasión”, en portugués, español y al menos en la mayoría de los idiomas latinos, conserva este doble significado de “sufrimiento” y “enamoramiento”. Porque, de hecho, quien está enamorado, sufre de amor. Y seguramente Jesús fue un *gran apasionado –de Dios y de su Palabra* (es decir, *un gran contemplativo*). Que podamos serlo también nosotros, aunque sea un poquito menos que él. Pues bien, fue este amor apasionado de la Palabra, con la que estaba comprometido total y radicalmente, lo que lo llevó a la muerte. Y cuando se enfrentó con esta triste realidad –del rechazo total de la salvación por parte de los pecadores (“*Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron*”¹⁰)–, Jesús no volvió atrás; más bien, dio un nuevo paso adelante, e instituyó la Eucaristía.

¿Qué es la Eucaristía para Jesús? Ciertamente, la respuesta a esta pregunta va más allá de mis capacidades limitadas de reflexión. Pero algo que me queda

10 Jn 1,11.

muy claro es que la Eucaristía es el *ápice del amor de Jesús, el ápice de la Encarnación de la Palabra de Dios*, y, por lo tanto, la meta por excelencia de nuestra *lectio* y de nuestra liturgia. No bastaba para Jesús tener asumida nuestra carne; Él quería que esta carne con todo su poder salvador y redentor estuviera disponible para todos nosotros. Jesús instituye la Eucaristía como el cumplimiento de la Palabra de Dios y de todas las promesas de la Antigua Alianza de *amar al pueblo de Dios hasta el final, más allá de la muerte, salvándolo y perdonándolo de todos sus pecados*. Jesús instituye la Eucaristía como su *lectio* mejor hecha, como su liturgia más solemne. Y Jesús no instituye la Eucaristía para sí mismo, sino *para nosotros –propter nostram salutem–*, “para nuestra salvación”. La Pascua celebrada por Jesús al instituir la Eucaristía siguió el mismo patrón de su *lectio* y de su liturgia, manifestando *continuidad* y *ruptura*. Jesús reúne a los discípulos alrededor de la mesa, lee pasajes bíblicos, parte el pan. Todo esto también lo hizo el pueblo judío. Pero en su ímpetu de amor, Jesús es quien lava los pies (ya en medio de la comida, un gesto “inútil” y fuera de lugar, para enfatizar la centralidad del mensaje de servicio y humildad que estaba comunicando); es él mismo quien se da a comer y beber de la manera más realista y cruda posible (“*Mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida*”¹¹), con el riesgo de escandalizar a sus oyentes. Y él dice explícitamente: “*Hagan esto en memoria mía*”¹². ¿*Esto* qué? Todo esto: esta originalidad en la celebración del rito, donde el amor y el compromiso –personales, intensos– es lo que cuenta; esta lectura de la Palabra de Dios que admite solo la vivencia radical encarnada como la única interpretación que tiene autoridad; esta celebración festiva de la liturgia que manifestaba la identidad de la comunidad, su radical necesidad de salvación, de perdón y de amor.

Nosotros también estamos llamados a participar en esta celebración eucarística: “Tomen y coman todos de él”. ¿Cómo? A través de nuestra vocación, especialmente *a través de nuestros votos*. Tomen mi Palabra y cómanla; tomen mi oración y cómanla; tomen mi entrega y cómanla; tomen mis votos y cómanlos. Para Jesús, esta era la única forma de realmente cumplir la Palabra de Dios y vivir la Misa. Jesús siempre quiso reducir al máximo esta distancia entre la Palabra y su encarnación total en la vida práctica – podríamos decir, en el lenguaje teológico actual, entre la Palabra y el sacramento–. Así como la Eucaristía es el memorial

11 Jn 6,55.

12 Lc 22,19.

de la Pasión, muerte y Resurrección de Jesús, nuestra vida bajo votos también está llamada a ser una continua *memoria Dei*, un “*hagan esto en memoria mía*”, una concretización???-*representificación*??? del misterio pascual del Señor.

La fidelidad a nuestra vida monástica, a nuestra vida de *lectio* y de Oficio, a través de nuestros votos, nos inserta en el misterio de la Pasión, muerte y resurrección de Jesús, transformándonos, así, en Eucaristía. “*Hagan esto en memoria mía*”. Esta es la *única* vocación en la Iglesia. Cada uno de nosotros está llamado a ofrecer su vida por completo como alimento para la vida de nuestras comunidades y del mundo.

Entonces, si perseveramos practicando los instrumentos de las buenas obras— entre los cuales se mencionan explícitamente la *lectio* y la liturgia—, con perseverancia en el taller que es el claustro del monasterio, sentiremos que nos estamos transformando en una realidad toda santa, que no pertenece a este mundo, incompatible con la vida del hombre viejo que llevábamos. Que los antiguos paradigmas de nuestra existencia se están desplomando, que los nuevos paradigmas todavía no aparecieron y que yo no sé a dónde ir ni qué hacer. Si este es tu caso, ¡alégrate! Es *para eso* que hacemos *lectio*, que celebramos el *Opus Dei* (es decir, la *obra de Dios* en nosotros) y la Eucaristía. Sólo un proceso así, una crisis así, puede abrirme realmente, en primer lugar, a *quién soy yo realmente* —a mi verdadera vocación en la Iglesia—, a *quién es realmente mi prójimo*, y a *quién es realmente este Dios* que encuentro todos los días en la *lectio*, en el Oficio y en la Eucaristía. Solo semejante pedagogía espiritual puede hacernos vivir una *desestructuración* de nuestro hombre viejo para ser *reestructurados* como hombres nuevos, como varones y mujeres bíblicos y eucarísticos. De lo contrario, estaríamos contentándonos con una experiencia profana de la *lectio*, de la liturgia y de la Misa. Solo así podemos ser conducidos a la esencia del misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, que es la fuente de todos los sacramentos, de la *lectio*, del Oficio Divino y de todas las vocaciones en la Iglesia. La Eucaristía es el modelo por excelencia de lo que debería ser una vocación cristiana. Y solo este proceso de profunda conversión y transformación a través de la Palabra y la Eucaristía puede hacer de una *comunidad* un testigo auténtico del Resucitado. La Eucaristía nos señala cuál será nuestro destino si somos verdaderamente fieles a Jesús: un destino de sufrimiento, muerte y resurrección. La Eucaristía nos enseña que las muertes que Dios nos pide en nuestras vidas —y que son la esencia misma de nuestra *conversatio*, de nuestra conversión diaria— no son la última palabra,

sino que se insertan en un contexto más amplio, de felicidad comunitaria, eclesial y universal.

Por lo tanto, importa poco si hacemos nuestra *lectio* antes o después de la Misa y si ésta se encuentra integrada o no con cualquier Oficio. Lo que importa es que, sea que leamos, sea que oremos, sea que comulguemos o hagamos cualquier otra cosa, lo hagamos todo “*en memoria mía*”, es decir, de Cristo. Solo así viviremos plenamente nuestra vocación de ser encarnaciones vivas de la Palabra de Dios en el mundo de hoy, testigos de su amor y de su perdón incondicionales para todos. Pues a fin de cuentas, es esta la esencia de la *lectio*, del Oficio, de la Eucaristía, y de la vida monástica.

*Abadía Trapense de Nossa Senhora do Novo Mundo
Paraná. Brasil*